

LA EUGÉNICA, CIENCIA DE LA REGENERACIÓN

RARO es que los problemas vitales de la humanidad, considerados en relación con sus intereses generales y permanentes, sean examinados con la clarividente sinceridad que pasa por alto las herejías y las mentiras colectivas, para llegar a la causa inmediata y elemental del mal. En muchos dominios sociales, desde la economía hasta la educación, desde la higiene hasta la ética, la lucha contra el mal es un trabajo de Sísifo. Es la lucha contra los efectos que reaparecen después de haber cedido en apariencia, como vuelven a encenderse las brasas de un hogar mal extinguido. Combatimos la guerra, pero dejamos que trabajen los arsenales; combatimos el alcoholismo, pero las destilerías hacen toda su producción; combatimos el analfabetismo, pero mantenemos a los niños y a los adultos en la ignorancia de todas las cosas esenciales; combatimos el pauperismo, pero "alentamos" a las familias prolíficas...

El humanitarismo proclama la fraternidad de los pueblos como primera ley moral, pero los pueblos cultivan sus enfermedades morales y los azotes sociales con el ahinco del ignorante que se envenena todos los días con el alcohol, con el opio, con la nicotina, persuadido de que las ilusiones de la embriaguez y las humaredas del sueño son más reales que los "intereses colectivos".

La contradicción entre la intención y la práctica no se manifiesta en parte alguna más evidente que en el dominio genésico. Ante el "problema" de la procreación, numerosos hombres son como aquellos asesinos italianos que hacían sus devociones ante el altar de la Madona, antes de ir a hundir su puñal en el pecho de su víctima. Si los efectos de la ignorancia o del absurdo sexuales no fueran tan trágicos, el modo en que los hombres obran en contrasentido, en las más importantes circunstancias de la vida, constituiría para el observador sagaz un espectáculo de comicidad irresistible. Cuando los gusanos ciegos se ponen en marcha, forman una cadena con el fin de no extraviarse: la cola

de uno está en la boca del siguiente y avanzan de ese modo con la certeza de llegar al término de su viaje. Mas si ocurre que el gusano que va en cabeza de la cadena coge la extremidad del último gusano, transformando la cadena en circunferencia, entonces los gusanos dan vueltas y más vueltas, creyendo avanzar: darán vueltas siempre, de manera absurda, en derredor de su círculo, hasta que mueran todos de agotamiento, aun cuando su subsistencia no esté separada de ellos sino por una pequeña distancia.

Así procedemos muchos de nosotros. Cometemos los errores más desastrosos con la convicción de que oímos la voz de la razón, cuando en realidad somos víctimas de la necedad consagrada por la "opinión pública" o de los intereses de algunos aprovechadores cuyo privilegio se halla sancionado por las leyes... democráticas. Los imperativos de la "moral social" nos obsesionan con un continuo engaño. Sociedad, Nación, Raza: expresiones abstractas, en nombre de las cuales es sacrificado el individuo desde el mismo momento en que se le concibe. Olvidamos que la sociedad es una asociación de individuos; la nación, una asociación de agrupaciones sociales, y la raza, una asociación de pueblos. Queremos realizar la justicia social, pero oprimimos al individuo, despersonalizándolo; queremos enriquecer y elevar a la nación, pero excitamos a la lucha de clases, a la guerra civil, hasta el terror ejercido sobre la conciencia y sobre el lecho conyugal; queremos purificar la raza para aumentar la riqueza y la cultura de la humanidad, pero las naciones guerrearán entre sí, manteniendo las unas a las otras en la esclavitud económica o bajo un "protectorado" que hace incubar el fuego del odio debajo de las cenizas de la humildad...

Cualquiera que haya adquirido la convicción de que la biología es el punto de partida de todos los problemas —no solamente sociales y económicos, sino también morales y estéticos— reconocerá que no es "simplista" el método de los que reducen la trágica lucha de la vida humana a una causa primordial: la procreación. Algunos escépticos, que se creen muy inteligentes, sonreirán al enunciado de esta verdad de Perogrullo. ¡Sí, pero

una verdad que todos contorneamos, como los gusanos ciegos en su procesión circular! Un número reducido aún de clarividentes, que nosotros llamamos *eugenistas*, se han atrevido a demostrar la causa de las causas. Su esfuerzo para iluminar a las innumerables víctimas de la ignorancia sexual se nos aparece como una de las más heroicas acciones de la ciencia puesta al servicio de la humanidad.

La eugénica, la rama más joven, pero también la más esencial de la ciencia biológica, fue fundada por el antropólogo inglés Francis Galton (1822-1912), primo de Carlos Darwin, autor del *Origen de las Especies* (1859). La teoría de Galton se deriva de la de Darwin, de igual manera que éste es deudor a Malthus, autor del *Ensayo Sobre el Principio de Población* (1789).

Manuel Devaldés ha coordinado sus diversos estudios sobre el eugenismo y el malthusianismo en una obra sugestivamente titulada: *La Maternidad Consciente*¹. Es un libro de doscientas veinte páginas, de tal claridad, de un orden tan sencillo, que puede ser leído incluso por los hombres privados de cultura general. Pero, documentada gracias a minuciosas indagaciones, esta obra sintetiza todos los resultados obtenidos en el vasto dominio de la biología humana. Si fuese publicada por todos los diarios del mundo, para ser leída por las multitudes ignorantes, tendría lugar entonces una verdadera revolución intelectual y moral.

El mérito de Manuel Devaldés —que no es un sabio, sino un individualista activo, que ha buscado siempre el perfeccionamiento personal por medio de la libertad y de la cultura— consiste en haber sabido reunir, en un trabajo desprovisto del aspecto intimidador de los tratados científicos, las verdades biológicas que pueden ser aplicadas en la vida de cada individuo normal. No tan sólo en el individuo normal, sino también en el que, físicamente anormal, no se halla privado de inteligencia.

Para completar el humanitarismo como doctrina pacifista e internacionalista, la teoría eugénica se impone, no como una con-

¹ De esta obra se han publicado dos versiones españolas. La primera, traducida por J. Elizalde (ed. Iniciales, Barcelona, 1929), la segunda por Jimeno Portolés, con prólogo del doctor Isaac Puente (ed. Estudios, Valencia, 1930).

clusión, sino como un punto de partida. Sin la eugénica, el humanitarismo sería como un árbol sin raíces. Todos los esfuerzos para humanizar por los medios sociales (la cultura, la técnica, la economía, la educación, la ética) serían inútiles si el problema de la procreación fuera dejado al azar, a lo que algunos llaman todavía la "selección natural", pero que es, de hecho, una selección artificial que resulta de la opresión, porque el "orden" social es también basado en la intolerancia y la violencia.

En nuestra exposición del eugenismo², seguiremos el trabajo de Devaldés que, con algunas reservas, podemos considerar como una contribución al conjunto de las obras destinadas a la acción humanitarista. Por su definición, la eugénica engloba las condiciones necesarias para el "buen nacimiento". Además, se halla en relación *directa* con todas las manifestaciones de la vida humana. La parte científica del eugenismo —la eugénica— está bastante avanzada, pero no ocurre lo propio con la parte práctica. Las verdades eugénicas apenas han recibido por uno y otro lado un principio de aplicación. De manera intuitiva, las gentes se entregaban, antes del fundador de esta ciencia, a algunas prácticas eugénicas.

Galton, que también creó la palabra, ha definido la eugénica como "el estudio de las influencias susceptibles de ser sometidas a la autoridad social y capaces de mejorar o de deteriorar las cualidades raciales de las generaciones futuras, ya física o ya mentalmente". El ideal de Galton consistía, pues, en sustituir la cruel selección natural, en lo que atañe a la humanidad, por la selección *racional*. De igual modo que Darwin, Galton trabajó como hombre de ciencia, como naturalista, pero también como médico y fuera de todo prejuicio. Ninguna ironía y ningún obstáculo pudieron desalentarle. Vivió el tiempo suficiente para poder asistir a las primeras aplicaciones de su teoría. Ya en 1865, proclamaba la necesidad de un "esfuerzo sistemático para mejorar a la especie humana, reduciendo sin cesar la proporción de la natalidad de los individuos ineptos en una sana

² Empleamos la palabra *eugénica* en lo que concierne a la ciencia de la eugenesia, y la palabra *eugenismo* para indicar la aplicación social de esa ciencia. (E. R.)

procreación y favoreciendo la reproducción de los aptos". Antes de Darwin, creíase en la fijeza de las especies, y de ahí la vanidad de todos los esfuerzos con miras a su mejoramiento. Hoy en día, los éxitos obtenidos en el mundo de los vegetales y de los animales justifican la convicción de que ha de poder crearse un hombre nuevo y una raza nueva.

El eugenismo es "la aplicación racional a la especie humana de los principios de selección derivados de las doctrinas de la evolución formuladas por Lamark (1744-1829) y por Darwin (1809-1882)". Darwin considera la lucha por la existencia como la causa principal de la evolución; su consecuencia es la selección natural, con la supervivencia de los más aptos (esta expresión es de Spencer). Lamark atribuye la evolución a la influencia del medio. Ambos se encuentran de nuevo en el terreno de la herencia. Los caracteres hereditarios se transmiten, bien sea que hayan sido adquiridos en "la lucha por la existencia" o que hayan sido causados por la adaptación al medio.

Malthus (1766-1834) es un precursor de Darwin y de Galton. Ha explicado la causa de la lucha por la existencia en la especie humana (Darwin ha considerado la lucha por la existencia en las otras especies). Según Malthus, la causa de esta lucha se halla en "la prolificidad humana y en su consecuencia: el desequilibrio entre la población y el alimento, es decir, el exceso de población". Por lo tanto, la lucha por la existencia se halla determinada por el medio. El medio humano puede ser modificado por el hombre en bien o en mal. La "selección natural" no es una fatalidad para el hombre. El hombre *puede* hacer una selección racional *por* la naturaleza, pero *también contra* ella.

La eugénica aplicada puede ser negativa (eliminación de los ineptos) y positiva (multiplicación de los aptos). Puede distinguirse también la eugénica preventiva, que defiende a los generadores (hombres o mujeres), en la edad de la adolescencia o de la madurez, contra "los venenos de la raza: intoxicaciones profesionales, enfermedades venéreas, alcoholismo y otros elementos de disgenismo, esto es, el mal origen". La eugénica positiva no es suficiente; la eliminación de los ineptos, por cruel que pueda parecer, se impone cada vez más como medio de pre-

servación de la raza. Siendo malthusiano, Devaldés se esfuerza en demostrar que el valor (la cualidad) de la raza se halla íntimamente ligada a la cantidad (el número) de los individuos que la componen en un momento dado, así como a la cantidad de alimentos de que disponen esos individuos. Llama la atención de los eugenistas sobre el hecho de que la cualidad de la población no proviene solamente de la herencia, sino también del medio (medios de vida). El eugenismo que quiere ignorar la ley de población, formulada por Malthus, llega a ser utópico. No olvidemos que la población tiende a exceder de las proporciones que sus medios de vida o de subsistencia le permiten en el cuadro de un territorio determinado. El exceso de población tiene siempre efectos disgénicos.

Existen dos medios de aplicar el eugenismo. El primero consiste en apelar a la "buena voluntad del individuo", y el segundo radica en sanciones legales. A pesar del estado actual de la sociedad y de lo que es *la mentalidad* de la mayoría de los hombres, es preciso, sin embargo, que nos apoyemos primeramente en la "buena voluntad", es decir, en la conciencia individual. Las sanciones legales, en tanto sean aplicadas por una minoría privilegiada, serán ilusorias: favorecerán la reproducción de los tipos humanos moralmente inferiores. Los hombres políticos no tendrán nunca fines objetivos, científicos; tienen, ante todo, intereses inmediatos. Pueden legislar en favor de un espíritu restrictivo, de casta o de clase; pueden tener concepciones retrógradas, chovinistas o racistas; pueden ser dominados por cierta moral dogmática; no se elevarán, pues, hasta la conciencia de los intereses generales y permanentes de la humanidad.

A causa de esto, y a pesar de los obstáculos que se interponen, la eugénica individual, libre y basada ante todo en "la educación sexual intensiva y extensiva", es preferible. Ahí está el secreto de la solución del problema. La mayoría de los hombres tienen "el temor instintivo de las verdades sexuales". De la ignorancia o del disimulo de estas verdades provienen casi todas las calamidades sociales. Y la solución no es otra que la generalización de la educación sexual integral.